

**TEXTOS ESCRITOS DESDE LA
EXPERIENCIA**

**TALLER DE NORMA Y ESTILO EN LA REDACCIÓN
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA**

Ramón Adell

Rosa Isabel Bisbal

Teresa Cabezas

Rosa López

Víctor Mateo

Jesús París

Carmen Ruiz

María Isabel Ventura

ÍNDICE

Páginas

PRÓLOGO.....	1
TEXTOS.....	3
- <i>Los animales del bosque</i> , por Ramón Adell	3
- <i>El gato negro</i> , por Rosa Isabel Bisbal.....	5
- <i>Extraño paraje</i> , por Teresa Cabezas.....	12
- <i>El 14 de abril</i> , por Teresa Cabezas.....	13
- <i>La foto del sol</i> , por Teresa Cabezas.....	14
- <i>La frustración de un deseo</i> , por Teresa Cabezas.....	15
- <i>La salida del tren</i> , por Teresa Cabezas.....	16
- <i>Mi sombra</i> , por Teresa Cabezas.....	17
- <i>Los gorriones</i> , por Rosa López.....	18
- <i>El huevo robado</i> , por Rosa López.....	19
- <i>Lola navegante</i> , por Víctor Mateo.....	20
- <i>Los castores inmigrantes</i> , por Jesús París.....	21
- <i>Los tres amiguitos</i> , por Carmen Ruiz.....	30
- <i>Un pastorcillo con suerte</i> , por María Isabel Ventura.....	32

PRÓLOGO

El presente documento es una muestra de las tareas de escritura realizada por los alumnos del *Taller de Norma y Estilo en la Redacción* de la Universidad de la Experiencia de Zaragoza durante el primer cuatrimestre del curso 2010/2011. En él recogemos 14 textos de ocho autores diferentes, todos ellos pertenecientes al género literario del cuento. Su extensión y su temática son variables. No obstante, se pueden señalar como tendencias predominantes en el conjunto de la obra la aparición de animales como protagonistas y la ambientación de la trama en la naturaleza o en entornos rurales.

Ramón Adell nos ofrece un simpático cuento en el que se recogen diversas aventuras protagonizadas por conocidos animales pertenecientes al imaginario infantil, creado fundamentalmente a partir de los cuentos y de las películas y series de animación.

Rosa Isabel Bisbal nos sumerge en el ambiente rural de un pueblo aragonés a principios del siglo pasado, en el que algunos de sus habitantes, magníficamente caracterizados a través de sus diálogos, se verán envueltos en una historia de brujas

Teresa Cabezas ha escrito una pequeña serie de microcuentos con tintes oníricos. Entre otras historias, nos cuenta sus impresiones al contemplar el paisaje lunar, nos ofrece una curiosa explicación del porqué de la dificultad de mirar al sol directamente o nos narra la pérdida de su propia sombra.

Rosa López ha escrito dos pequeños cuentos sobre aves. En el primero nos muestra la desigualdad en el reparto de las tareas doméstica de una pareja de gorriones; el segundo, protagonizado por dos perdices, nos habla de la fuerza del instinto animal.

Víctor Mateo narra la travesura de una niña, Lola, que decide navegar sola por el río con su piragua, una historia llena de ternura, con personajes bondadosos y sorprendente final.

El cuento de Jesús París, protagonizado por una pareja de castores que se ve obligada a emigrar desde el norte de Europa al valle Ebro, nos invita a reflexionar acerca de la influencia que el ser humano ejerce en las especies animales de su entorno.

Carmen Ruiz, con un tono afectuoso y sencillo, nos cuenta una historia de fantasía, peripecias y amistad entre un niño y dos animales: una ardilla y un conejo.

Finalmente, M^a Isabel Ventura nos ofrece un lindo cuento acerca de un pastorcillo que ha de superar una prueba de ingenio para demostrar a su amo su valía.

Además de estos cuentos, en nuestro *Taller* se ha escrito otro titulado *Los peligros del río Gállego*, el cual no aparece en esta edición por la imposibilidad de contactar con su autor para solicitar su consentimiento, pero al que igualmente he deseado hacer alusión, pues también ha formado parte de la labor colectiva que en estas páginas se recoge.

Un año más, he intentado hacer de mis clases un momento –porque para mí, ciertamente, son casi un momento– de acercamiento a ese inmenso mundo que es nuestra lengua, he pretendido mostrar algunas de sus múltiples posibilidades de uso, he aspirado a crear un ambiente en el que poder compartir inclinaciones lingüísticas y literarias... Ahora, una vez concluido el curso, queda en mí la esperanza de haber cumplido algunos de estos buenos propósitos y la certeza de haber vivido una experiencia enormemente enriquecedora. Los causantes de ambos sentimientos: mis alumnos. Por ello, quiero agradecerles aquí tanto su interés por la escritura y por la Filología en general como el afecto y la gratitud que han mostrado hacia mí, en un curso en el que las circunstancias de la vida me han obligado a implicarlos en inoportunos cambios de calendario y que ellos han sufrido y aceptado con buen ánimo. De todo corazón: gracias.

LOS ANIMALES DEL BOSQUE

por

Ramón Adell

Érase una vez un bosque donde se encontraba el lobo feroz, que estaba con una pata escayolada como consecuencia de los palos que le habían dado unos leñadores por querer engañar a Caperucita.

A pesar de llevar una pata escayolada, perseguía a un conejo, que resultó ser, nada más y nada menos, que Bugs Bunny, y, claro, con las habilidades y picardías que este tiene, era imposible que pudiera darle alcance. Bugs Bunny no tuvo ningún problema en llegar a su madriguera sano y salvo. Además, como todas ellas tienen varias salidas de escape, el lobo se quedó sin poder incluir al conejo en su menú.

El amigo Bugs Bunny, al entrar en su refugio, se encontró con una agradable e inesperada sorpresa, ya que, en su interior, en uno de los rincones, estaba el Ratoncito Pérez; tenía que criar y no conocía otro lugar mejor y más seguro que la madriguera del conejo para dar a luz. El conejo se alegró mucho de verle, pero le dijo que allí también existía peligro, porque algunas veces entraban las serpientes, así que tendrían que estar muy atentos a cualquier ruido extraño.

No pasaron muchos días cuando escucharon unos ruidos sospechosos y el pronóstico del conejo se hizo realidad: apareció por allí la serpiente Kaa, del Libro de la Selva, pero, gracias a su habilidad y valentía, Bugs Bunny la despistó haciendo que se perdiera por el laberinto del interior de su madriguera.

Por si acaso, y en previsión de males mayores, fueron a refugiarse a otro lugar más discreto y alejado. Pero, cuando salían del escondite creyendo que ya estaban a salvo, les observó desde la copa de un árbol no muy lejano un halcón con intenciones no demasiado buenas. Sin pensárselo dos veces, este se lanzó a por ellos, solo que, al llegar a su altura, un cristal semienterrado en el suelo le deslumbró y erró en su ataque, dando tiempo así a que el Ratoncito Pérez, su familia y el conejo Bugs Bunny pudieran entrar en su nuevo y ansiado refugio.

El halcón, fastidiado por el fallo, remontó el vuelo para situarse de nuevo en su atalaya de vigilancia y, al mirar hacia arriba, vio, llevándose un gran susto y sorpresa, a un elefante volador. Este no era otro sino Dumbo, que se paseaba por el lugar con su gran trompa llena de agua poder apagar el fuego que escupía un gran dragón que tenía atemorizados a los campesinos del lugar. Estos habían recurrido a Dumbo para que

apagara el fuego del dragón y así facilitar la labor a un caballero llamado Jorge que lo quería combatir.

Sin embargo, esto no fue necesario, puesto que el dragón, al perder los poderes que tenía con el fuego, se transformó en bueno, siendo a partir de este momento colaborador de los campesinos en las labores de labranza de los campos. Dumbo regresó al circo junto a su madre, donde cosechaba muchos y grandes éxitos en sus giras alrededor del mundo.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

EL GATO NEGRO

por

Rosa Isabel Bisbal

Riscal era un pequeño pueblo situado en una solana al pie de los riscos del Maestrazgo, a los que debía su nombre. Allí se vivían los acontecimientos que agitaban el país con sordina y retraso. Comentaban, con temor, las revueltas obreras de Barcelona. Quien más quien menos tenía hijos, hermanos o parientes que habían emigrado a Cataluña en busca de una vida mejor. Al pueblo llegaba un único periódico para D. Marcial, el que fuera médico de Riscal durante cincuenta años y que había decidido quedarse allí para siempre. No había, pues, médico titular. Tenían que ir a buscarlo en mulo a Peñacortada, a 20 km. de distancia. Tampoco tenían teléfono. El maestro reunía apenas una docena de chavales cuando no había faenas en el campo.

En la plaza de Riscal se disputaban la tierra los gemelos de Juana y las gallinas de Raimunda. Los unos escarbaban para hacer el gua de las canicas y las otras escarbaban el gua para buscarse el sustento. Acudían a esta plaza los viejos que no podían trabajar y los jóvenes que se aguantaban las ganas. En el invierno, se sentaban en el banco de piedra, al socaire del viento; en tiempo cálido, se cobijaban bajo el olmo centenario que marcaba el centro. Desde allí veían acudir tres callejas que desembocaban en la plaza y a las que trajinaban por ellas. Y digo “las” porque eran mujeres quienes pasaban: una hacia el lavadero, otra, al río, algunas, a la fuente baja, al corral o al huerto...

A la tertulia nunca faltaba el abuelo Lucas, ni Romualdo, el cojo, ni Marcelino, ni Silvano. Algún día se agregaba Juan, el más chismoso del lugar:

– ¿Habéis visto a Tomasa? Cada día está más seca. Es un libro sin hojas. “Pa” mí que pasa más hambre que el perro del señorito. Mucho postín, mucha saya fina y tiene el cuerpo como un abadejo.

– ¡Hala, Juan, siempre tan ocurrente! Si te hubieras fijado en Justina, que acaba de pasar... ¡Qué tipo! Como lleva la falda por encima del tobillo y los brazos altos para sujetar el cántaro encima de la cabeza, se le asomaban los picos de la enagua, blanca como la nieve. Casi, casi se le veía la liga. El pelo, negro y brillante. No se lo esconde con pañuelico, aunque esté casada. Se hace el moño tan bien atusado que no deja un pelo fuera. Y el delantal... ajustado y tirante para marcar los pechos en su sitio.

– Marcelino... Marcelino... –terciaba el viejo Lucas–. Mucho te la miras y no está bien. Ella es mujer casada y tú también lo estás. Además, bien garbosa que tienes a tu María. Si se enterara...

– Mire, tío Lucas. Todo lo que tiene de garbosa lo tiene de “fura”. Si no está de buenas, que lo está pocas veces, no hay quien le toque un pelo. Y no hablo más porque va a saber más que yo.

– ¡Ojo, cómo te picas! Pues, anda, que si se enterara Mariano... –apostillaba Silvano.

– ¡Bah!, ya sabes que Mariano se pasa la vida en el monte con las ovejas. Es un pasmao. No sirve ni para hacerle un hijo. Si no fuera por las “pelas” y el ganao, Justina no hubiera sido para él.

– ¡Que te pasas, Marcelino! ¿Qué sabrás tú de la vida de Mariano y Justina? Viven a su manera. No se meten con nadie. Ella está solica todo el día y, cuando sale, le gusta que la vean arreglada y guapa. Y nada más.

– Ahí llega Pascualín. Ya ves, hijo único y de esta manera...

– Eso fue cosa de Rogelia, la bruja. Cuando se despeñó su hijo, le echó la culpa a Pascualín, que estaba jugando con él. Dicen que le dio un bebedizo. Desde entonces anda por ahí babeando y sacudiéndose las manos.

– Ahora que nombras a Rogelia... No se la ve ni blanca ni negra.

– Ni falta que hace. La visitan muchos, del pueblo y foranos. Dicen que cura fístulas, reumas y otras cosas; pero también hace “mal de ojo”, conjuros y maleficios. Está endemoniada desde niña. Sale por la noche y nadie sabe adónde va. Hay quien la ha visto en noches de luna llena aullando en el monte como un lobo. También se reúne en el bosque con otras brujas de la redolada.

Romualdo se acercó al corrillo con aire misterioso y contó en voz baja:

– Este verano la vi con mis propios ojos cuando cayó la tormenta gorda. Se asomó al ventanuco de su casa y todos los pelos de su cabeza se “desmoñaron” para ponerse de punta hacia el cielo. Sus ojos, rojos, parecían echar fuego. Gritó unas palabras que no pude entender. Yo estaba cagado de miedo detrás del cristal de mi ventana. Ya sabéis que vivo casi enfrente...

– Bueno, ¿y qué? –apuntó Juan.

– ¡Toma!, pues que en ese momento se oyó un gran estallido, se rasgó el cielo en dos y se llevó por delante veintitantas ovejas del Moteau...

Así transcurría la vida en Riscal: viendo pasar los días...el olmo que se deshojaba en otoño y brotaba en la primavera...las mujeres que se afanaban en sus

tareas...los hombres en el campo... o en el monte...y los chavales que salían de la escuela retozando como potrillos.

La plaza, con sus tertulianos, había adquirido fama de alcahueta y hasta tenía coplilla:

*Si has pasado por la plaza
y no te han echado el “taste”,
hazte cuenta que has pasado
el infierno sin quemarte.*

Rogelia, la bruja, era un punto negro en la vida de Riscal. Desde niña mostró comportamientos extraños, se ensañaba con los animales, cogía rabetas cuyos alaridos se oían en todo el lugar... A veces sufría espasmos y echaba espumarajos por la boca, generando tanta energía que podía levitar.

Cuando cumplió quince años, sus padres la llevaron a la Balma, donde se practicaban exorcismos. Estaban convencidos de que el demonio obraba por ella. Tres días permanecieron en dicho lugar sin que nada evidenciara que el diablo hubiera abandonado su alma. Lo que sí se evidenció más tarde es que había quedado embarazada en ese viaje y nunca se supo quién era el padre de su hijo. Los padres de Rogelia, avergonzados por el estado de su hija, la llevaron lejos y la abandonaron a su suerte en la ciudad.

Tardó diez años en volver. Sus padres fueron víctimas de una terrible desgracia: se durmieron con el brasero encendido a los pies de la cama. Aparecieron muertos al día siguiente. Todos los vecinos de Riscal aseguraron que había sido un maleficio de Rogelia, por despecho.

A los pocos días del triste acontecimiento apareció Rogelia y ocupó la casa de sus padres. No tuvo reparos para instalarse en la casa de donde salió a la fuerza y donde sus padres acababan de morir en sospechosa situación. Volvió la moza con su hijo al que llamaba Bienvenido. Era un muchachote fuerte y robusto. Sabía leer y escribir. Listo como el hambre. Ayudaba a su madre a cuidar los animales del corral, a acarrear agua de la fuente y a cuidar el pequeño huerto de sus abuelos. Su madre lo tenía bien enseñado para que no contara nada de su vida anterior. A menudo subía al monte a buscar leña. El fatídico día de su muerte se había encontrado con Pascualín, un muchacho de Riscal con el que hacía buenas migas. Recogieron leña, jugaron a correr, a

escalar, al escondite... Bienvenido, oculto tras un peñasco, dio un traspié, o pisó una piedra suelta, y rodó montaña abajo perdiendo la vida.

Pascualín, desolado, contó lo ocurrido una y mil veces; pero Rogelia insistía en que su hijo no se caía sin que nadie lo empujara. En aquellos días de duelo, Pascualín sufrió un ataque y quedó lelo para siempre. La vecindad acusó a la bruja del suceso. Rogelia se encerró en su casa. Empezó una nueva vida, nocturna, extraña y oculta.

En la parte alta del pueblo vivían Justina y Mariano. Llevaban varios años casados y no tenían hijos. Su casa, heredada de una tía soltera, era la envidia de todo Riscal por lo cuidada y limpia. Dos rosales trepadores florecían en mayo a ambos lados de la puerta. En el balcón, una hilera de macetas con geranios aún dejaba ver los visillos de encaje que ocultaban la sala grande.

El matrimonio hacía la vida en la planta baja, donde tenían el patio, la cocina con el llar, la recocina y un dormitorio que abría ventana al huerto. En la parte trasera había un corral con gallinas, conejos y un par de pavos. También había algún corderito rechazado por su madre y que Justina criaba con biberón.

Todos los días madrugaban. Ella encendía el fuego y preparaba las “gachas” para que Mariano se fuera bien alimentado. Después le llenaba el zurrón con buen pan, chorizo, tocino, la navaja y la pequeña cantimplora con vinillo tinto. Las buenas aguas no faltan por esos montes.

Cuando su marido marchaba, Justina arreglaba los animales del corral, limpiaba y ponía el puchero a fuego suave para cocer la legumbre que comerían los dos juntos, por la tarde, cuando llegara Mariano del aprisco. Iba a lavar al lavadero público, traía el agua de la fuente en su cántaro de Calanda y su botijo de caolín...y aún le sobraba tiempo para colocarse el mundillo en el halda y enredar los bolillos con maestría para hacer los encajes que luego lucía en enaguas, visillos, cantareros, armarios...

Nadie sabía que bajo aquella apariencia de alegría coqueta y salerosa yacía un halo de esperanza medio perdida. No tenía hijos. Sabía que en el pueblo se hablaba de ella. Las más atrevidas le preguntaban: “¿A qué esperas para tener los hijos?”. Otra le sugería que, acudiendo a Rogelia, en ocasión similar, había conseguido resultados. Sin embargo, su vecina, la vieja Felisa, sostenía justamente lo contrario. Rogelia era la culpable de que no concibiera. “La envidia, hija, la envidia, que no la deja vivir desde que perdió a Bienvenido. Quiere que estés sola como ella.”

El caso es que Justina soñaba con el bebé que el cielo, por ahora, le negaba. Calmaba su ansiedad bajo el sol que penetraba por su ventana y, oculta tras el visillo,

tejía jerséis y zapatitos, cosía camisitas y tenía ya el ajuar para la cuna de un futuro bebé. Eso sí, lo tenía escondido en el altillo del armario, detrás de las mantas. No quería angustiar también a Mariano con sus inquietudes.

Al ponerse el sol, llegaba Mariano del corral apestando a sirle. Justina le tenía preparados en el patio la jofaina, el jabón, la toalla y la ropa para casa. Cenaban y comentaban los chismes del pueblo, las novedades del ganado, los corderos que nacían, los animales que llevarían a la feria ... Ella, después de recoger la cocina, cogía el huso y la rueca, se sentaba al pie del candil que colgaba junto al hogar e hilaba lana para hacer calcetines, peúcos para dormir y los otros “menesteres” que escondía. El marido, sentado en el banco, torcía el cuello y cabeceaba hasta que se iba a la cama. Justina prolongaba la velada mientras las ascuas del fuego se reducían a cenizas.

Una noche apareció un gatazo negro al otro lado del hogar, junto al banco donde se sentaba Mariano. Sus ojos, de un ambarino verdoso, se clavaron en Justina con descaro; hasta con impertinencia, podría decirse, si no fuera porque se trataba de un animal. Su mirada la repasó de arriba abajo: sus piernas, el pie apoyado en la rueca, la falda extendida...hasta posarse en su pecho. Justina notó cómo la respiración se le contenía y el corazón se sobresaltaba. Lo espantó agitando la mano, sin hacer ruido para no despertar a Mariano. El gato ni se inmutó, y solo cuando ella se quitó la zapatilla para darle un azote, desapareció detrás del banco. Se quedó unos instantes inmóvil, muerta de miedo. Ese gato... no pertenecía a ningún vecino, jamás lo había visto por las calles. Sin embargo, calló y se acostó sin despertar a Mariano.

Pasó el día siguiente rumiando la escena de la noche. ¿Se quedaría otra vez...? Sí, estaba dispuesta. Y si el gato volvía, llamaría a Mariano; pero ya no estaba tan segura de la mirada “insolente” del animal. Tal vez le echaba mucha imaginación al asunto. Por otra parte, el candil dibuja sombras movedizas, y detrás del banco está el montón de la leña, tan intrincado y espeso...

Por la noche se reprodujo exactamente la escena del día anterior: el mismo gato, la misma mirada, en el mismo punto y a la misma hora.

Justina espantó al gato. Primero, silenciosamente, como hiciera el día anterior. Luego, se levantó súbitamente y blandiendo la zapatilla gritó con desesperación: “¡Mariano, Mariano, sal deprisa, por favor!”

Salió Mariano dando tumbos, con los ojos a medio abrir.

– ¿Qué te pasa, Justina? ¿Por qué gritas de ese modo?

Llorando, entre hipos y sollozos, le contó a su marido lo acontecido.

– Vamos... vamos... mujer. Ten calma y serénate. No es más que un gato. Se te habrá colado por el corral... ¡qué sé yo! No tienes nada que temer. Me parece que la soledad se te apodera entre estas paredes. La cabeza se te llena de inquietudes y temores. Estás siempre sola... Tienes que salir, Justina, hablar más con la gente... echar una partida de cartas con las vecinas. Esta casa es muy grande, se te apodera el miedo.

No obstante, Mariano buscó al gato por cada rincón de la casa. Subió a las salas y al granero con el candil en la mano y la mujer pegada a su espalda. Todo fue en vano. El gato se había esfumado.

Tardaron los dos en conciliar el sueño. Él, pensando en la alteración y los miedos de su mujer. Ella, aterrada, pensando ya en la noche siguiente.

Al amanecer se repitieron las rutinas diarias, pero Mariano bajó del monte con una determinación. Se quedaría él junto al hogar, bajo el candil, en el sitio de su mujer e hilando el mismo vellón.

– ¡Justina, vete a dormir! Quiero ver con mis propios ojos a ese gato. Te aseguro que si vuelve no saldrá vivo de esta casa. ¡Lo juro!

Se preparó la rueca, el huso, echó leña al fuego, escarbó la mecha del candil para avivar la llama y se sentó junto al hogar poniéndose encima de las piernas el delantal de su mujer. Colocó el atizador apoyado al lado derecho de la silla. Apoyó el pie en el pedal de la rueca, como tantas veces viera a su mujer y a su madre, y, haciendo además de hilar, esperó al huésped.

No tardó mucho en aparecer el gato en el lugar exacto en el que Justina le había descrito. Se miraron hombre y gato a los ojos aguantando la mirada. El gato exclamó con voz cavernosa:

– ¿Un hombre que se atreve a hilar?

A lo que Mariano contestó:

– ¿Y un gato que se atreve a hablar?

Y le asestó un golpe con el atizador en lo alto del lomo. El gato, medio baldado, se abrió de las patas delanteras dando con la cabeza en el suelo. Lanzó un horripilante alarido, mezcla de maullido gatuno y sollozo humano. Se arrastró malamente debajo del banco y desapareció entre la leña bajo la mirada encolerizada y atónita del pastor.

Saltó Justina de la cama, horrorizada. Se abrazó a su marido que la besaba una y mil veces, estremecidos ambos por los acontecimientos que estaban viviendo.

– ¡Ya está, Justina! No temas. Este no vuelve más, te lo aseguro. Y esto debe quedar para siempre entre tú y yo. Nadie debe saberlo nunca. ¡A saber qué pensarían de nosotros!

Aquella noche fue muy larga esperando la amanecida. Con el día continuó la rutinaria vida de la pareja. Ella, como cada día, salió a por agua a la fuente. Su porte, el mismo. Su gesto, hermético.

En la fuente, dos vecinas de Riscal comentaban consternadas: “¿Sabes lo que le pasó anoche a Marcelino...? Una desgracia muy grande. Se fue al pajar a por unas sogas. Había luna llena y no llevaba candil. Al bajar, se enredó en una de las sogas que llevaba al brazo y voló escaleras abajo. Fue tal el golpe, que se quedó en el suelo sin poder levantarse. Se arrastró como pudo hasta la puerta de la casa. A los gritos de dolor acudieron su mujer y los vecinos. Lleva la espalda en un puro cardenal. Está tan tullido que no sé si volverá a caminar. Su hermano ha cogido el mulo de madrugada para ir a Peñacortada a buscar al médico. Ya deben de estar al llegar.”

¿Qué cómo lo supe yo para contarlo? Pues conversaciones de brujas en los aquelarres de luna llena.

¡Ah!, también me contaron unos vecinos de Riscal, años después, que el maestro tuvo que desempolvar tres pupitres para Felipe, Manuela y Segundo, hijos de Mariano y Justina.

EXTRAÑO PARAJE

por

Teresa Cabezas

De pronto desperté. Miré a mi alrededor y todo era desolador. Inmensas llanuras de una tierra grisácea. Ni un sonido. ¡No se oía nada! Ni un pájaro, ni un insecto, ni viento. Nada.

A lo lejos, unas elevaciones de terreno, como troncos de cono de poca altura. Pero no había vida. Sin embargo, aquella visión era relajante, aquel silencio y aquella falta de vida, paradójicamente, me llenaban de sosiego, de quietud, de paz. No era extraño que hubieran bautizado aquel lugar como el Mar de la Tranquilidad.

Estaba en la Luna.

EL 14 DE ABRIL

por

Teresa Cabezas

Nos conocimos en enero y el 14 de abril volvimos a encontrarnos en el aeropuerto de Madrid. Ella venía de Roma y yo salía para París. Decidimos jugar con el destino y cambiar nuestras vidas. Desde el día en que nos conocimos nos sorprendimos mutuamente de nuestro parecido. Creíamos que nos estábamos mirando en un espejo. Y el nuevo reencuentro nos empujó a dar un giro en nuestras vidas. Yo me quedé en Madrid y ella salió para París.

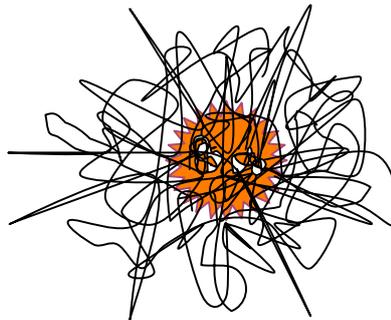
LA FOTO DEL SOL

por

Teresa Cabezas

Al sol no le gustaba que lo miraran. En cuanto alguien quería echarle un vistazo, sus rayos impedían que el observador mantuviera su vista sobre él más de unos segundos. Cuando había un eclipse, la gente se decía: “Esta es la nuestra, ahora podremos mirar al sol”. Y es verdad que podían aguantar más, pero, como al sol seguía sin gustarle que lo miraran, luego tenían serios problemas en los ojos. Por ello se idearon unos filtros solares para poder contemplarlo, pero no era lo mismo.

Con el tiempo, las ciencias fueron avanzando y, con las nuevas tecnologías, se pudo fotografiar a nuestro astro rey, y..... ¡¡Qué horror!! Esto es lo que se vio:



No me extraña que no quisiera dejarse ver.

LA FRUSTRACIÓN DE UN DESEO

por

Teresa Cabezas

Un langostino estaba nadando muy contento en su hábitat cuando, de repente, se sintió atrapado. Lejos de lamentarlo, se alegró muchísimo de haber sido pescado, pues había visto un anuncio en la tele en el que un colega argentino pedía con gran entusiasmo “*Shevame a casa*”.

Él estaba encantado de poder realizar su sueño, de formar parte del menú de Nochebuena de una familia feliz y así cumplir con el destino para el que había nacido. Por fin aquel momento había llegado y ocupaba una enorme fuente en medio de la mesa con otros congéneres que cumplían así su destino gastronómico.

Pero... un único langostino había quedado sobre la fuente. Nuestro amigo era el que se había quedado triste y solitario en la mitad de la fuente debido a la “cortesía (o vergüenza) del gallego” (*)

() Se dice que los gallegos por cortesía (o vergüenza) dejan siempre sobre la fuente de los aperitivos la última pieza o porción de algo.*

LA SALIDA DEL TREN

por

Teresa Cabezas

Yo iba tranquila porque tenía el tiempo suficiente hasta la hora de salida del tren.
– Me comeré tranquilamente el bocadillo –pensé. Pero, al llegar a la estación, vi que el tren a Málaga ya estaba en la vía correspondiente y los viajeros bajando al andén.

Me puse nerviosa y entregué el billete en el control, tras pasar por el escáner. Bajé por las escaleras mecánicas, busqué el número de mi coche y subí al tren.

Pero, ¡cuál no sería mi sorpresa cuando vi que mi asiento estaba ocupado y el tren a rebosar! Reclamé mi asiento al viajero que lo ocupaba y este me respondió que era el suyo. ¡No podía ser! Busqué a la agente de RENFE que estaba paseando por el andén y... ¡estaban a punto de dar la salida!... Le planteé mi problema y oí que decía a una compañera que estaba más alejada: “Aquí la tienes”.

La encargada del control había cometido un fallo: me había dado paso para el tren que salía media hora antes y, al darse cuenta, estaba buscando al viajero intruso.

Y yo, con las prisas, no había comprobado el número del mi tren.

MI SOMBRA

por

Teresa Cabezas

Paseaba por Roma disfrutando de la ciudad en un día primaveral, soleado, pero también con castillos de nubes, brillantes unas y negras otras, que amenazaban con un buen chaparrón.

Íbamos hacia el Coliseo y había una actividad inusual y diferente por la zona: música, mucha gente y ambiente festivo y, de repente, topamos con las vallas que nos impedían acercarnos a nuestro objetivo. Imposible, no había forma de llegar al Coliseo o al Foro. Se estaba celebrando la “Maratona di Roma” y todo giraba en torno a los participantes y a la gente que les lanzaba gritos de ánimo. Para poder pasar, había que dar un enorme rodeo.

De pronto, mi sombra se desprendió y se coló entre los barrotes de la vallas, atravesando el circuito sin ningún problema. Yo no podía hacer nada para impedirlo y me resigné a seguir sin ella y circunvalar la manifestación deportiva hasta un paso provisional vigilado por la policía.

Por fin llegamos al Foro, caminaba agotada, hacía calor y, de pronto, mi sombra apareció de nuevo. Descansada, corría delante de mí, fresca y ágil, estilizada; yo, detrás de ella, lenta y cansada.

El sol había vuelto a salir y atardecía.

LOS GORRIONES

por

Rosa López

Un día de primavera, una pareja de gorriones volvió a su nido. La gorriona, con gritos alegres y chillidos, demostraba su contento.

Limpió el nido, lo arregló espléndidamente y se dijo:

– Ya tengo un buen hogar.

Y puso en él sus huevos para después incubarlos. Cuando nacieran sus hijos, volvería del nido al cielo y del cielo al nido, para alimentar a su familia.

El gorrión, por el contrario, se dedicaba a volar. Había volado durante los trabajos domésticos de su pareja, y también mientras ella empollaba, y así todos los días.

– ¿Por qué siempre estás volando? –le preguntaron un día.

– Porque a mí no me gusta trabajar –respondió.

EL HUEVO ROBADO

por

Rosa López

Había una vez, en un huerto, dos nidos de perdices: el uno sobre un ciprés y el otro sobre un olivo. Y sucedió un día que la perdiz que vivía sobre el ciprés pensó en robarle uno de sus huevos a la que vivía en el olivo.

– Lo añadiré a los míos e incubaré todos al mismo tiempo. Tendré más hijos que esa vecina presumida.

Pasaron los días y los huevos de ambos nidos se abrieron al mismo tiempo. Las dos perdices se ufanaron de su calidad de madres, lanzando sus cantos al viento.

Uno tras otro, los pajaritos que vivían en el olivo se atrevieron a alejarse de él. Dieron unas cuantas vueltecitas y regresaron al nido orgullosos de la hazaña.

Uno tras otro, también los que vivían en el ciprés emprendieron la gran aventura. Temblorosos y piando, se lanzaron a revolotear por el huerto.

Pero, uno de ellos, en lugar de regresar al ciprés de donde había salido, voló hasta el nido que estaba en el olivo. Hinchado de satisfacción, ocupó un lugar junto a los otros. Era el pájaro que había nacido del huevo robado y que, por instinto, regresaba junto a su madre verdadera, para chasco de la perdiz ladrona.

LOLA NAVEGANTE

por

Víctor Mateo

Lola era una niña muy guapa, tenía el pelo negro y rizado y unos ojos oscuros muy grandes y bonitos, y estaba muy contenta porque iba a tener un nuevo primito.

Vivía con sus padres en una casa al lado de un gran río, por el que aprendía a navegar con su pequeña piragua, su chaleco y ropas especiales para ello.

Empezaba a distinguir los árboles ribereños: pinos, sauces... también los peces más abundantes –barbos y carpas– y las aves –garzas, milanos y ruiseñores–, pero a Lola el animal que más le gustaba era el martín pescador, de muchos colores y que bucea bajo el agua para pescar pequeños peces.

Un día, mientras todos dormían la siesta, Lola se despertó y bajó al río, montó en su piragua y empezó a navegar.

Al principio la piragua descendía sin novedad, pero la corriente se hizo más rápida cuando el río chocó con la montaña, formando un gran remanso.

Lola no pudo controlar la piragua, que volcó, cayendo hasta el fondo del remanso, donde vivía una gran carpa que, sobre su lomo, sacó a Lola a la orilla del río, salvándola.

Cuando sus padres se despertaron, se asustaron al comprobar que Lola no estaba en casa, y tampoco su piragua en el río.

Sus padres bajaron deprisa por el río, muy asustados, esperando encontrarla bien, y se alegraron mucho al verla en la orilla del gran remanso; se abrazaron.

Lola les prometió no navegar sola hasta que fuera mayor, y siempre con chaleco.

Cuando Lola y sus padres, en sus piraguas, navegaban por el río, al llegar al gran remanso, echaba al agua tortas de maíz, pues sabían que a las carpas gusta mucho y que llegaría al fondo, donde, aunque no la volvió a ver, sabía que estaba su amiga, la gran carpa.

LOS CASTORES INMIGRANTES

por

Jesús París

Corría el año 2003. Una pareja de castores, a los que sus antecesores pusieron por nombre Dani y Susi, vivía en un río que discurría por una de las regiones más frías de Europa del Norte, rodeado de bosques de abedules, álamos, arces, etc. De su madera se alimentaban estos potentes roedores, fundamentalmente, de las yemas y las cortezas.

Como la altura del agua en algunos meses del año alcanzaba poca profundidad, decidieron construir un embalse. Para ello derribaron algunos árboles sirviéndose de sus incisivos: cuatro, de color anaranjado, que son fuertes y muy cortantes. Con las patas delanteras recogieron las ramas y aplicaron barro en los espacios existentes entre los troncos, hasta que crearon una presa que hizo que la profundidad del agua sobrepasara el metro.

Dani y Susi se sentían más seguros ante los peligros propios del bosque y del río pudiendo sumergirse en el agua de su recién construido embalse, a la vez que, con su potente cola, podían chapotear para ahuyentar al “enemigo”.

Fueron felices hasta que una multinacional inmobiliaria compró el bosque para construir viviendas y un parque zoológico. En este quedaría cautiva la mayoría de los animales de la región, incluyendo los pobladores del río. Cundió la alarma y siguió el desánimo.

Se convocó a una reunión a todos los animales de la zona afectada por la nueva situación. A ella asistieron la mofeta, la nutria, el visón, el alce, la liebre y la rana. El martín pescador excusó su asistencia.

Abrió la sesión Dani –en todo momento acompañado por su pareja, Susi–, quien, tras agradecer su presencia a los asistentes, explicó con todo detalle la situación surgida con la construcción del zoológico. Para concluir dijo:

– Queridos vecinos, nos encontramos ante un grave problema de futuro para nosotros y nuestras familias. ¿Qué hacer? ¡Espero vuestras opiniones!

Se produjo un silencio total durante unos segundos, al que siguió un vocerío no entendible, por lo que el castor, Dani, intentó poner orden:

– ¡Si hablamos todos a la vez no nos entenderemos! –suplicó.

Tomó la palabra la nutria, que propuso lo siguiente:

– Nos podemos desplazar río arriba a una zona más al norte. A aquellos territorios, según he oído, no llegan los humanos.

Por diversos motivos, pero sobre todo por uno, la dureza del clima, la propuesta fue rechazada por la mayoría, con más énfasis por la liebre y el visón.

A continuación le fue concedida la palabra al visón, quien, después de reiterar su negativa a desplazarse hacia el norte, propuso lo siguiente:

– Estimo que debemos desplazarnos río abajo, hacia climas más cálidos, ¿no os parece?
–dijo buscando el apoyo asambleario.

Abierto el debate, intervino la mofeta para oponerse a esta idea, argumentando con las siguientes palabras:

– Según podemos deducir de la propia orografía del terreno, si nos desplazamos al sur, nos aproximamos al mar, es decir, a la desembocadura del río, donde, con certeza, nos encontraremos con nuevos y desconocidos peligros.

El Castor, Dani, concedió la palabra a la liebre.

– Queridos compañeros, creo que con rapidez debemos desplazarnos bosque a través hacia el este... ¡Qué buena idea!, ¡eh!

Se estableció un gran griterío, donde se oyeron algunos improperios dirigidos a la liebre, que fue recriminada en especial por Susi, la castora:

– ¿Acaso no has pensado en los que somos lentos en nuestros movimientos? La mayoría perecería en el intento.

Tomó la palabra el alce, que, con mucha parsimonia, explicó:

– Ninguna de las rutas que hemos comentado hasta ahora ofrece garantías de que nuestra integridad física no vaya sufrir alteraciones. Yo propongo quedarnos en la tierra que nos vio nacer y esperar acontecimientos. ¡Defendamos lo nuestro! ¡Es de justicia!

Tras unas horas de reflexión, se reanudó la discusión sin que se llegase a ningún acuerdo. Dani se dirigió a los asistentes en los siguientes términos:

– Siento dar por concluida esta reunión que tenía como objetivo decidir entre todos nuestro futuro. Dicho esto, os ruego que recapacitéis sobre los temas tratados con el ánimo de llegar a una solución feliz.

Se dio por finalizada la reunión. Pasaron unos días y se convocó una nueva asamblea. La asistencia fue masiva, acudieron casi la totalidad de los habitantes de la región. Abrió la reunión Dani –como siempre, acompañado de su inseparable Susi– y dijo:

– Queridos amigos, comoquiera que el objetivo de la reunión ya es de sobra conocido por todos vosotros, pasamos, si os parece, a debatir sobre ello.

Tomó la palabra el alce, a la sazón miembro del consejo de la región, para decir las siguientes palabras:

– Me han llegado noticias de que en un país al sur de Europa, España, necesitan repoblar varias regiones correspondientes a las riberas de su río más caudaloso. Esta repoblación se llevaría a cabo acogiendo parejas de las especies que habitamos en este territorio. ¿Qué os parece?

– ¿Dónde hay que recoger el pliego de condiciones? –preguntó Dani.

– En la oficina de emigración, que se encuentra en el primer meandro, río arriba, a la derecha.

– ¡Muchas Gracias! –exclamó, agradecido, Dani.

Seguidamente, dijo Dani a la liebre:

– Tú que eres la más veloz, por favor ¿quieres acercarte a la cabaña de emigración y traer toda la información que te sea posible?

– Por supuesto –asintió la liebre, y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Aún no había transcurrido una hora cuando la liebre llegó a la puerta de la cabaña de emigración.

– ¡Pon, pon! ¿Pueden abrirme?

Al instante contestaron con voz enérgica:

– ¿Quién es?

– Soy la liebre. Ábrame, por favor.

Entonces, el encargado de la cabaña –el alce de mayor edad– abrió la puerta.

– ¡Dime, Sra. Liebre! ¿Qué deseas?

– Verás...vengo a recoger información para emigrar al sur de Europa, a España.

– ¡Estupendo! Mira, aquí encima de estas piedras a modo de estante está toda la información. ¡Cógela tú misma!

– ¡Oh, Sr. Alce, muchas gracias!

La liebre seleccionó los folletos de referencia a los territorios demandados, los metió en su zurrón y con rapidez inició el regreso, no sin antes despedirse del Sr. Alce.

– ¡Adiós, señor! ¡Muchas gracias!

– ¡Adiós, suerte!

El regreso fue más largo de lo previsto. Tardó la liebre casi dos horas, ya que en los primeros metros fue sorprendida por una jauría de perros que le obligó (por su integridad física) a dar un rodeo... pero por fin llegó al punto de encuentro.

Fue recibida con vítores y aplausos:

– ¡Bien!, ¡bravo! –exclamaban, a la vez que preguntaban– ¿Qué tal? ¿Qué traes?

Una vez calmada la algarabía derivada del recibimiento y constituidos de nuevo en asamblea, tomó la palabra Dani:

– En primer lugar –dijo–, quiero agradecer la diligencia demostrada por nuestra querida liebre para traernos información suficiente para tomar decisiones. ¡Muchas gracias! Ahora nos toca a todos decidir qué hacemos. Sugiero que cada uno se reúna con su familia y que, de común acuerdo, tratemos de conseguir lo mejor para nuestro futuro. Mañana nos volveremos a reunir. ¿Os parece bien?

Por unanimidad se aprobó la sugerencia de Dani, el castor. Al día siguiente, nada más amanecer, aunque la mañana estaba muy fría, ya se encontraba en el lugar de reunión la mayoría de los habitantes de la región. Antes habían llegado Dani y Susi, la pareja de castores.

Comenzó la reunión, liderada por Dani, que se dirigió a los presentes y dijo:

– Amigos convecinos, continuando con lo acordado en nuestra asamblea del día de ayer, espero que todos expongamos nuestra decisión después de haber reflexionado con nuestras familias. ¿Quién quiere hablar? ¿Quién empieza? –preguntó.

Empezó hablando el Alce, que, con cara de preocupación, explicó:

– He analizado con mi familia los folletos de condiciones establecidas en las normas de inmigración para esta región y hemos llegado a la conclusión de no emigrar a España –sollozó.

Tomó la palabra la rana –que hasta ahora no había intervenido– y, tras saltar encima de la piedra más alta que había en el lugar, dijo:

– Os diré que, después de establecer un consejo de familia, hemos decidido inscribirnos para desplazarnos a España, siguiendo los consejos que se recogen en el folleto de emigración. Muchas gracias por vuestra comprensión, ayuda y colaboración.

A continuación le tocó el turno a la nutria, que aceleradamente dijo:

– Nosotros hemos decidido por unanimidad no salir del entorno que nos vio nacer. Existen peligros desconocidos para nosotros en un viaje tan largo.

Fue interviniendo el resto de animales: el visón, la mofeta y la liebre. Todos ellos tenían decidido –tras sus respectivas reuniones familiares– no desplazarse hacia el Sur, es decir, no emigrar a España.

Quedaban, por tanto, en disposición de emigrar solamente la pareja de castores, Dani y Susi, además de la rana. Dani se dirigió de nuevo a los asistentes y, a modo de despedida, dijo:

– Como sabéis, Susi y yo estamos plenamente convencidos de que lo mejor para nuestro futuro es emigrar a España. Quiero agradecer, de nuevo, vuestra colaboración. Tened por seguro que siempre os recordaremos con mucho cariño. ¡Un abrazo para todos y cada uno de vosotros! ¡Adiós, amigos, que seáis felices!

Hubo numerosos aplausos, así como vítores y buenos deseos para el futuro. Se dio por concluida la reunión.

Al día siguiente, Dani y Susi, acompañados de la rana Jana –es el nombre que, de común acuerdo, decidieron ponerle–, se dirigieron a la cabaña de emigración. Tras casi dos horas de caminata por la margen izquierda del río, por fin llegaron a la cabaña:

– ¡Pon, pon!, ¿podéis abrirme? –dijo Dani.

Al momento contestaron:

– ¿Quién es?

– Soy Dani, el castor. Ábreme por favor.

– ¡Me alegro de veros! –dijo el alce, a la vez que abría la puerta–. ¿Qué deseáis?

– Pues... venimos a inscribirnos para emigrar a España –dijeron al unísono Dani, Susi y Jana.

– ¿Ya conocéis las condiciones?

– ¡Sí!, ¡sí! –exclamó Susi. Dani y Jana asintieron.

– De acuerdo –tomó buena nota en el registro de inscripciones para emigrar a España–. El viaje está programado para el próximo miércoles (era lunes). Debéis estar aquí a las 8 de mañana para ser trasladados río abajo hasta el puerto, ¿entendido?

– ¡De acuerdo! –dijeron los tres.

Llegó el miércoles y, según lo previsto, Dani, Susi y Jana llegaron a la hora convenida al lugar acordado.

– ¡Buenos días! –dijeron los tres al unísono.

– ¡Buenos días! –respondió el Alce con el mismo entusiasmo–. ¿Todo preparado?

– Sí –contestó Susi.

– Id subiendo a la barca –dijo el alce.

Una vez se hubieron acomodado en la zona habilitada para ellos, es decir, en una especie de bañera, la barca se deslizó con rapidez por el río y llegó al puerto en menos de una hora.

Se despidieron del alce.

– ¡Adiós, amigo!, hasta la vista –sollozaron los tres.

– ¡Adiós, amigos! Buen viaje y ¡suerte!

Subieron al barco a través de una escalera diseñada para facilitar el acceso a esta especie de animales.

– ¡Bienvenidos a bordo! ¡Pasad, pasad! Acomodaos en los contenedores que hemos preparado para vuestro viaje –dijo el capitán del barco.

– Gracias, todo está perfecto –dijeron Susi, Dani y Jana.

Zarparon de inmediato. El viaje tuvo una duración de 28 largos días, pero, ¡por fin!, arribaron al puerto de Tortosa. Fueron recibidos por el encargado de inmigración en la zona, quien se dirigió a ellos y dijo:

– Espero que hayáis tenido un buen viaje.

– Gracias, gracias –contestaron Susi, Dani y Jana.

– Dentro de una hora partiremos hacia el norte, a la región navarro-riojana –dijo el funcionario de inmigración–. ¿De acuerdo?

– Claro que sí, estamos de acuerdo –dijo Dani.

A la hora prevista, fueron ubicados en unos contenedores especiales para el transporte de castores, nutrias e incluso ranas que estaban instalados en un camión. Salieron por carretera hacia el norte de España. Debido al cansancio, en seguida se durmieron los tres.

Después de cinco horas de viaje, por fin llegaron a su destino. Transcurría el mes de febrero de 2003. Fueron recibidos de inmediato por el director de inmigración (un castor europeo), que dijo:

– Espero que hayáis tenido un buen viaje, ¡gracias por venir! Deseo que os integréis en esta comunidad de castores, nutrias, ranas y otros seres de vuestro mismo hábitat en el menor tiempo posible. ¡Estáis en vuestra casa! –exclamó con entusiasmo.

A Dani y Susi les fueron presentadas nueve parejas de castores europeos, que habían llegado de diferentes regiones del norte de Europa.

– ¡Estamos encantados con vuestra llegada!, ¡bienvenidos! ¿Qué os parece este río? ¿Y sus árboles?

– Todo está muy bien –dijeron Dani, Susi y Jana.

– ¡Hala, hala!, tomad posesión del río –dijeron los castores y nutrias al unísono.

Se zambulleron en una poza con abundante agua que les habían construido los castores llegados anteriormente. Dani y Susi eran felices en esos momentos de caluroso recibimiento. Comieron cortezas y yemas de los álamos que bordeaban el río.

Por la tarde, jugaron nadando sumergidos, alcanzando gran velocidad. Fueron jaleados por las nutrias. Al anochecer, extenuados, se fueron a dormir. Una vez estuvieron solos, Susi abrazó a Dani y exclamó:

– ¡Estoy embarazada!

– ¡Gracias, gracias, qué alegría!, ¡qué alegría! –repetía nervioso Dani–. Mañana daremos la buena nueva y empezaremos a construir la choza para el parto y posterior cobijo de nuestros retoños.

Durmieron plácidamente. A la mañana siguiente, se encaramaron a la empalizada que rodeaba su poza y anunciaron:

– Que todo el mundo se entere, ¡vamos a ser papás!

Y fueron respondidos:

– ¡Felicidades!, ¡enhorabuena!

Dani y Susi, ayudados en todo momento por dos parejas de castores, construyeron una especie de isla en el río para poder tener a sus crías y realizaron en ella una choza techada con ramas que ellos fueron colocando. Utilizaron, además, piedras, barro y guijarros para hacer esta vivienda ventilada. Por medio de un túnel, la comunicaron con una pequeña cueva para guardar provisiones. Toda la jornada estuvieron trabajando duramente. Dieron las gracias a sus ya amigos y se acostaron.

Pasado el tiempo de gestación (cien días), Susi sintió que la hora de parir se aproximaba, llamó a Dani y le dijo:

– ¡Cariño!, ¡cariño! Ha llegado el momento...

Rápidamente entraron en la choza. Los vecinos castores, que oyeron la noticia, se agolparon a la puerta y dispusieron entre todos lo necesario para el inminente parto. En dos horas, Susi parió dos hermosos castorcitos, asistida por la castora de mayor edad.

El júbilo se apoderó de toda la comuna, ya que eran los primeros nacimientos que se producían desde que empezaron a colonizar la región. Se organizó una gran fiesta donde no faltaron los ricos manjares que el bosque y el río ofrecían. Asistió al evento la práctica totalidad de los moradores del río.

En cuatro días, Susi ya se había recuperado por completo. Salió de la choza y dijo a Dani:

– Pensemos un nombre para nuestros retoños. ¿Qué te parece... Rioju para el mayor y Navi para el pequeño?

– Me parece estupendo, ambos son nombres muy bonitos –dijo Dani.

En ningún momento Dani se separó de sus hijos ni de Susi. En esta especie, ambos progenitores se ocupan de las crías. El padre vigila, además, los alrededores de la choza y proporciona la comida para la madre y sus hijos una vez que estos abandonan la lactancia.

Navi y Rioju salieron de la madriguera a los treinta días de edad. Eran muy revoltosos. Jugaban sin cesar, siempre bajo la atenta mirada de sus padres.

– ¡A comer, niños! –dijo Susi, que se dispuso a darles de mamar.

A los 15 minutos, se quedaron profundamente dormidos.

Pasaron seis meses, la estación invernal estaba a punto de entrar. Navi y Rioju, ya muy crecidos, comían hojas y brotes tiernos que les proporcionaba su padre. Jugaban con otros castores jóvenes, hijos de los vecinos, unas veces en tierra y la mayoría de ellas en el agua, con grandes chapoteos y buceos. ¡Daban alegría a toda la comunidad! ¡Ah, se me olvidaba! La rana, Jana, conoció a un “rano” precioso, de color verde esperanza, que se llamaba Zaca, y con él constituyó pareja estable. Visitaban con frecuencia a Dani, Susi, Navi y Rioju.

A la entrada del invierno, los castores adultos se dispusieron a cubrir sus chozas con barro húmedo, con el objetivo de que, al llegar las heladas invernales, se congelara y quedara una pieza a modo de tejado.

Llegó de nuevo la primavera y con ella la alegría a la regiones donde se asentaba esta colonia de animales. El número de castores alcanzaba, según el “censo”, cuarenta unidades.

– ¡Estoy de nuevo encinta!, ¡estoy encinta! –repetía Susi.

– ¡Qué alegría! –exclamó Dani,

– Navi y Rioju, ¡venid!, ¡venid! ¡Vais a tener hermanitos! ¿Qué os parece?

– Bien, muy bien –respondieron Navi y Rioju.

En las postrimerías de la primavera, parió de nuevo Susi. El parto fue normal y, fruto de él, nacieron otros dos castorcitos, a los que se les puso por nombre Tude y Cala.

– ¡Ya somos seis!, ¡familia numerosa! –pregonaba con júbilo Dani.

Estos nacimientos también fueron celebrados con una gran fiesta.

Tude y Cala crecieron sanos y fuertes y, a los seis meses, ya comían brotes tiernos y participaban en todo tipo de juegos, en especial con la juventud (hijos de los castores vecinos).

Corría el año 2005. Navi y Rioju se habían convertido en dos castores adultos, ambos tomaron pareja para siempre (recuerdo que los castores son monógamos) con dos castoras: Cata y Merche.

Dani y Susi recibieron la noticia con gran alegría.

– ¡Ya somos más! –dijo Susi.

Fueron felicitados por amigos, conocidos y, ¿cómo no?, por Jana y su pareja Zaca.

Llegó el año 2006. La colonia de castores ya se aproximaba a ochenta habitantes, setenta y ocho según el “censo”, un crecimiento rapidísimo.

Era diciembre y ¡oh, saltó la alarma! Corrió como la pólvora la siguiente noticia: “Se ha reunido el Comité de Flora y Fauna, a propuesta de la administración de la cuenca del río, ha considerado que los castores son dañinos y no se opone a su erradicación”.

En enero de 2007 fueron convocados por el encargado de inmigración del valle a una reunión de urgencia. ¡Cundió el pánico! La concurrencia fue casi total. Faltaron las madres lactantes y los hijos de corta edad.

Los peores augurios se cumplieron. El encargado de inmigración confirmó la decisión del Comité de Flora y Fauna, que no rectificaba la decisión de la administración de la cuenca del río.

– ¿Cuál es su futuro? ¿Qué hacer ahora?

Los castores son bondadosos y cariñosos. La costumbre en su hábitat es mantener sanos y en buen estado los ecosistemas acuáticos.

El futuro... es otra historia.

LOS TRES AMIGUITOS

por

Carmen Ruiz

Érase una vez un niño muy bueno al que le gustaba mucho salir al campo a jugar con sus dos amiguitos: una ardillita muy guapa y un conejito muy simpático. Cuando salía de su casita, ellos siempre le estaban esperando.

Los tres caminaban por el bosque, de altos y frondosos árboles y senderos tortuosos, con flores en sus márgenes, de los que surgían personajes fantásticos que les contaban historias de perros y gatos.

El bosque desembocaba en una gran llanura. Ahí había una casa encantada, con muros encantados. Todos los días iban nuestros amiguitos a la casita para descubrir animales y juguetes encantados. Las paredes se movían y parecía como si viajaran en grandes barcos de piratas. Los espejos les hablaban cuando se miraban en ellos. A la ardillita le gustaba mucho mirarse en el espejo y ver lo guapa que estaba. Los tres juntitos entraban en una habitación encantada donde había pececillos encantados que salían de sus peceras para jugar con nuestros amiguitos. Todos juntitos subían por una escalera encantada hasta llegar a las nubes. Allí se columpiaban en ellas, cantaban y bailaban muy felices. Las nubes les llevaban de un lugar a otro, por encima de los árboles. Desde allí podían ver muchos de los pájaros que había por el bosque, que les miraban muy extrañados. Se acercaban a ellos para volar y cantar todos juntitos. Una vez que veían el bosque, las nubes bajaban a la tierra, los dejaban con mucho cuidado en la casita encantada y regresaban al cielo.

Un día, después de jugar toda la mañana y pasarlo muy bien, se despidieron de los pececillos y de sus nuevos amiguitos. Luego, regresaron a sus casitas para comer con sus papás.

El trayecto de regreso era también un camino de emoción. Caminaban por senderos entrelazados y en ellos siempre surgían nuevas aventuras. Aquel día el niño cogía mariposas y ramos de flores para su mamá. La ardillita y el conejito iban cogidos de la manita, unos pasos por detrás del niño. Así hablaban ellos dos solitos de cosas que sucedían en el bosque:

- Ardillita, ¿lo has pasado bien? ¡Qué guapa estás esta mañana!
- Tú, conejito, también estás muy guapo y feliz.

– Ardillita, me gustan tus orejitas, tan pequeñitas, ¿puedes escuchar el canto de los pájaros y los murmullos de los ríos con ellas?

– Sí, conejito, puedo oír cómo cantan los pájaros, el murmullo de los ríos y cómo suena el viento. Y tú, conejito, ¡qué orejas tan grandes! Nadie en el bosque las tiene así. Son tan bonitas como las hojas de los árboles.

– Ardillita, ¡qué bonito es tu pelo castaño y blanco! ¡Y esa hermosa cola larga poblada de pelo, con esos colores tan diferentes!

– Tú, conejito, tienes un pelo cortito también bonito, de color gris plomo. Me gusta mucho.

Debido a la frondosa vegetación circundante, no había de qué preocuparse. Sin embargo, al final del camino, entre las rocas, había un cazador terrorífico. El niño se volvió para avisar a sus amigos del grave peligro que les amenazaba. Pero el conejito, que había emprendido la carrera a toda velocidad, ya había desaparecido. La ardillita, por su parte, había trepado al árbol más alto del bosque y desde allí saludaba a nuestro amiguito...

La mamá se puso muy contenta con el ramo de flores silvestres que le llevó el niño.

UN PASTORCILLO CON SUERTE

por

M^a Isabel Ventura

Había una vez un pastor que carecía de fortuna, por lo que vivía muy pobremente. Un día, su amo le dijo:

– Lleva el rebaño a la feria y trata de comerciar para que así te paguen un dinero. Luego, vuelve a casa con todas las ovejas. ¡Que no te falte ninguna! Y me pagas lo que hayas sacado en el negocio.

Esto le mandó para ver cómo andaba de ingenio.

El zagal, que era trabajador, honrado y de buen corazón, se marchó a la feria con todo el rebaño. Allí iba triste y pensativo (puesto que no sabía cómo podría lograr la misión que le habían encomendado), cuando acertó a pasar por su lado una hermosa doncella que así le preguntó:

– ¿En qué piensas, buen mozo?

El joven le contestó al instante:

– Debo sacar un dinero de este rebaño, pagárselo a mi amo y, además, debo regresar con todas las ovejas, sin que me falte ninguna.

La bella mujer, al escuchar aquello, le comentó que eso no era difícil:

– ¡Se me ocurre algo...! Esquila las ovejas, luego vende la lana y vuelves a casa con el dinero recibido y se lo das a tu amo. Seguro que se pondrá contento.

Al oír el joven tan buen consejo, se puso alegre y, seguidamente, se despidió de la joven dándole las gracias.

De regreso, y después de conseguir buenas ganancias, el pastorcillo se presentó a su amo, el cual, al ver la idea que había tenido, le premió con la participación en su negocio. Con el tiempo, le concedió también la mano de su bella y bondadosa hija, y todos vivieron felices, como esta historia merece.